

Primer domingo de mayo de 2020, día de la madre.

TRES COLORES DE MIL SABORES

Debía de ser tarde. Casi noche cerrada. En una esquina de una España con N-O-D-O que salía a gatas de una oscuridad impuesta en el pasado y que el tiempo se encargó de blanquear a fuerza de realidad, el Vallés occidental, una pequeña comarca de Cataluña, después de siglos en reposo, bullía al ritmo frenético de una vida envuelta en hilo, como los conos de cartón que giraban y giraban en las miles de maquinas textiles, que frente a su operario, creaban las telas que cubrirían todas las cosas del mundo. Todas. Un pequeño territorio en el mapa ibérico con olor a hollín, a carbón, a húmedas vías de tren, a alquitrán de charol. Una ciudad casi en pijama y de repente; al caer la tarde, unos pasos ligeros, huidizos, veloces y precisos. La rapidez y la precisión que otorgan la inseguridad y el desasosiego.

Una ínfima parte del planeta late al cuadrado. Dos corazones unidos por un cordón que también late. Dos vidas paralelas, una la da, la otra la toma. Dos cuerpos en uno. Mágicas matemáticas donde uno más uno nos da “uno” Miedos, alegrías, frío, calor, sueño, cansancio, todo se comparte. El petate de la vida está listo para partir. El final del camino se acerca y la fría noche de principios de enero en ese rincón al abrigo de los pirineos, extiende su sábana nocturna, como un mantel antes de la celebración.

Tres años apenas cumplidos, lleva consumidos esa década, para muchos, prodigiosa. Para tantos, una más. Para mí, la primera.

Una mujer joven, de aspecto frágil, aunque fuerte en sus adentros, camina calle San Pedro arriba, hacia el barrio que bautizaron con el mismo nombre que el apóstol. Sus entrañas se remueven compartiendo espacio con una criatura impaciente por

hacer su aparición en este mundo vil y maravilloso. La ciudad, Egára en sus orígenes muy romanos, húmeda y encendida de farola en farola, reparte sus pinceladas de amarillenta luz, como cien borrones en hilera de un sol mal dibujado por un niño.

De pronto, llega a hasta la ella, “un olor deliciosamente irresistible” Un halo de fragancias vaporosas atraviesa la calle como un final de meta volátil. La cruza. Llega la primera. ¿Gana? El escaparate a salvo tras el cristal, la seduce. La visión es mucho más que irresistible; es tentadora. El espectáculo es el reino de los cielos de todos los golosos de todos los cuentos de todos los mundos. Una pastelería, donde el apóstol sigue como anfitrión se le ofrece con su baile de seducción gustativo. Ella mira con un único sentido; el gusto. El Nilo se desborda en su boca. Hace aguas. No. No es hora aún. No, no es eso. Pero hace aguas. Sus ojos eligen entre la infinita gama de sabores y colores: tartas de manzana con gelatina, cañas de hojaldre azucaradas rellenas de crema rusa, merengue seco con avellanas y cacao, carquiñolis con almendra, magdalenas con volantes blancos de papel, búlgaros cubiertos de chocolate negro con virutas en su lomo, melindros tiernos como las nubes, cruasans crujientes, calientes, ¡malvados!. Ensaimadas vestidas de talco, pastas de té al por menor; margaritas de frambuesa, cocos confitados, pasta sablé con mantequilla y vainilla, cigarrillos, neulas con forma de teja, coca de panadero con anís caramelizado... Un belén viviente y comestible se extendía ante sus ojos. De entre toda esa visión para los sentidos, una pieza de bollería la subyuga e hipnotiza. Tres formas en una. Tres sabores delicados, infinitos, inaccesibles. Tres pecados capitales del paladar. Tres colores. Tres. Trébol,-nombre de la pieza de bollería-, 5 pesetas. Prohibitivo a todas luces para bolsillos flamantes. Por estrenar. Sin uso. Cuasi vacíos. El suyo sin ir más lejos. Aquel cartelito escrito con letra casi infantil, la sacó de su ensueño y la trajo de bruces a la realidad. Calle solitaria. Pies helados. Frío. Retortijón. Hambre. Sí, hambre.

Camina hacía su casa, abrazada a su vientre. El Nilo se convierte en hilo. Y el hilo sigue girando en las máquinas de las fábricas, que pueblan la ciudad. El mundo a su vez, sigue girando y sus pasos la llevan a su hogar. No puede ser más modesto. No puede.

La puerta se cierra tras ella. Un pedazo de cielo habita entre esas cuatro paredes. Sí, cuatro. Un pequeñín, regordete con chapetas la espera espachurrando el aire con sus manitas. Un apretujón, ochocientos treinta y cinco mil besos, un.... “sshhhhh”, y se hizo el silencio. Había llegado sin avisar el final del día. La cena esa noche, como todas, la comparte con él; el amor de su vida, quien más la quiere, el ganador de ese premio merecido. Un tierno abrazo apaga el día y enciende la noche.

Desde entonces, todos los días, a última hora de la tarde, después de otra larga jornada de limpieza de suelos ajenos, rodilla en tierra... el mismo ritual. La misma parada. Las mismas sensaciones. El mismo pastel; un trébol de brióx, relleno con crema pastelera en su pétalo barnizado con gelatina de manzana, trufa en su pétalo untado de chocolate peinado y nata reina, en su pétalo sombreado con azúcar glass. Ese era su delirio, su anhelo y su deseo. No podía ser. El precio con letra de niño se lo impedía. Ahorró. Día tras día. Muy poco, a penas nada. Sacrificio para alcanzar la gloria acristalada.

Más días. Más tardes. Más retortijones. Por fin, pasado un tiempo, finalmente consiguió reunir el capital necesario, y como un botín robado a su tiempo, a su esfuerzo, a su dedicación, con la culpa del que se siente en lo prohibido, así, oyó por primera vez la campanilla de la puerta al entrar en la pastelería de la mano de su pequeñín. San Pedro, entre nubes, sonrió.

Dentro el silencio se funde con los olores. La calidez del ambiente hace que un escalofrío le recorra por la espalda. Se siente bien. Cómoda. Confortable. Podría vivir allí, entre tarros de cristal con fruta escarchada, latas decoradas con bombones de verdad, caramelos de violeta... el Nilo vuelve a la carga.

Buenas tardes, dijo un hombre tras el mostrador. Aspecto amable, voz atiplada, manos blancas, limpio en extremo. Sin duda, el pastelero. ¿Qué desea? Bendita pregunta.

Salió de la tienda con su trofeo. Ansiaba llegar a casa para devorar su pecado de cinco pesetas. No pudo. No tuvo fuerza de voluntad. Miró a un lado y a otro como el reo que huye del penal antes de su última cena. Abrió la puerta de un portal y allí mismo engulló aquel delicioso trébol de mil sabores. Lo compartió a poquitos con el niño, que comía a dos carrillos. Todo el esfuerzo. Todo el tiempo, todo, había merecido la pena. Aquel pastelito, ofreció en un simple portal, tanta felicidad que no cabía dentro. Se abrió la puerta y la felicidad se esparció por todo el barrio. Voló como los efluvios de un horno lleno de pan blanco. El aroma de la felicidad se extendía por la ciudad vetada por una riera, hora seca, hora desbordada.

Seguramente más gente fue feliz esa noche y con toda seguridad ese sueño cumplido, ese pequeño triunfo para sus sentidos, fue compartido-sin saberlo- por muchas personas. Cada gesto de grandeza, cada buena acción, hace que el mundo sonría a cada giro. Todas las personas deberían poder comerse un trébol de tres sabores y todo el mundo debería saber lo que se siente cuando la felicidad,- efímera como el aliento en invierno-, nos toca de lleno y como una carambola mágica, va en busca de más gente. La felicidad solo es “una” y la usamos todos, por eso es que es tan difícil ser feliz y conservarla. Pasa de unos a otros. Ahí radica el propósito de la vida. Una búsqueda incesante y todo nuestro ciclo asignado para disfrutarla a sorbos lentos. Con mimo.

Todo eso y mil pensamientos más giran en el carrusel que se ha convertido su mente. Sin dejar de caminar, con una mano sujeta a su pequeño que aún se relame, con la otra, abraza al hijo que ya no puede crecer más en su vientre. Sonríe. El papel de estraza que envolvió el trébol, nunca estuvo más limpio. Lo guardó en su bolsillo. Podré olerlo. Espero que dure mucho tiempo su aroma a ternura. De repente, ¿otro retortijón? No, no puede ser. Por fin se comió el dulce. No tiene por qué. Es otra cosa. ¿Una contracción? ¿Ya toca?

Sí, ya toca. La felicidad siempre trae más felicidad. De nuevo el Nilo. Y ahora, no hay quién lo pare. La vida.

A las seis de la mañana... ¡ha sido niño!

Miedos, alegría, frío, calor, sueño, cansancio, todo se comparte. El carrusel de la vida ha traído un regalo. Otro. El final del camino está aquí y la fría noche de enero da paso a un cálido día de enero. Cálido día de enero.

En ese rincón, al abrigo de los pirineos, un recién nacido llora en su primera disertación y se chupa las manos con los ojos cerrados, apretados. El pecho de la madre acalla el enérgico alegato sellando su boquita con su sangre vestida de blanco. Todos hemos sido cachorros una vez. El silencio acompaña sendas respiraciones. Dos en una. De nuevo la magia de los números. Ella mira a su pequeñín, ve cómo se duerme sin despegarse de ella y aprovecha para decirle con palabras mudas sin dejar de mirarlo: ahí tienes, te lo has ganado, tus tres colores. Desde ahora, pasito a pasito, debes empezar tu camino y debes ir consumiendo tu vida y ojalá tengas a lo largo de ella un millón de buenas razones para disfrutar del resto de colores con mil sabores. Ojalá no pares de contar y llegue un día que entre color y color, entre sabor y sabor tengas un momento para recordar, para nunca olvidar aquel pequeño portal una fría tarde de enero. Un momento para sentir que siempre, a todas horas, tu latido sigue siendo el mío.

A mi madre, que nunca se irá de mí.

Juan Arroyo

